

grandeza. Y el cuadro se me representó en todo su cruento y escalofriante relieve: á la luz de una linterna, entre sombras y reflejos, con la mole de hierro aplastando el amasijo de carne y triturando los huesos, con los cestos del pescado volcados y revueltos, con el carro hecho trizas... Por el siniestro paso á nivel, de hoy más, atravesaremos siempre viendo esa imagen repulsiva y triste: las miserables obreras despachurradas porque el abandono en los servicios del ferrocarril del Norte—¡cuántas veces lo he lamentado aquí mismo!—pasa ya de la raya y se hace un mal crónico; y si quien puede corregirlo no lo corrige, irá en aumento. Dícese que las familias de las víctimas reclamarán la indemnización á que tienen derecho, y que esta indemnización será fuerte; precio al cabo de la vida de dos mujeres y de la salud y robustez de varias otras, que si sanan, nunca recobrarán el equilibrio y la alegría con que se entregaban á sus rudas faenas... ¡Ojalá sea cierto que en forma de indemnización, por lo menos, recaen responsabilidades y se impone una penalidad que obligue á mayor vigilancia.

\* \* \*

¿No os habéis fijado nunca en la importancia que va adquiriendo, en la vida contemporánea, un pedacillo de papel insignificante, la *tarjeta*?

Verdad es que nuestro moderno existir gira sobre resortes de papel, y que papel es la moneda, papel el cuero, papel los documentos que lo acreditan todo, papel la cultura y papel hasta el placer y la alegría de la juventud; sin papel no se comprenderían, por ejemplo, los cotillones... Y la tarjeta, trozo de cartulina sin valor alguno, significa, al llevar en su anverso un renglón con un nombre, todo el tejido complicadísimo de las relaciones sociales, con todas sus consecuencias, con todo su alcance y su influjo, que no vacilo en llamar capitalísimo, porque es de cada momento.

El consumo de tarjetas, en Madrid, es formidable. No hay sino ver el muestrario de las litografías é impresas, donde aparece desde la tarjeta de la modista que ofrece sus servicios, hasta la tarjeta blasonada ó sin blasonar del prócer que estampa, en tres renglones, tres títulos á cual más linajudo. En apariencia, las tarjetas no pueden diferenciarse gran cosa: son siempre un trozo de cartulina, en el cual se inscribe un nombre. Pero, en efecto, de tarjeta á tarjeta media (como se decía antes) un abismo. Una persona que tenga costumbre de ver tarjetas, adivina exactamente por ellas, no sólo la verdadera posición social, sino hasta, en parte, los gustos, las aficiones, la edad y las circunstancias del sujeto cuyo nombre se destaca en el blanco campo de la tarjeta.

Hay tarjetas amarillentas, sobadas, tabacosas, que trascienden á petitorio, sablazo ó algo parecido. Hay tarjetas compactas, anchas, limpias, exhalando ligera fragancia de cuero rico, la piel de la exquisita cartera donde se guardaron, que proclaman la holgura, los hábitos de elegancia. Hay tarjetas chiquitas, de mujer, con letra fina y menuda, que revelan coquetería, refinamiento. Hay tarjetas caprichosas, azuladas ó color de manteca, que gritan delatando el pésimo gusto de quien las usa. Hubo tarjetas de madera, tarjetas charoladas, tarjetas imitación de nácar, tarjetas estilo percal floreado, y hasta tarjetas ¡con la fotografía del dueño! en un pico de la esquina; ¡una monada! Hay tarjetas prácticas, á la inglesa, que son casi un folleto, por la cantidad de lectura que contienen: en ellas se especifica el nombre, la profesión, las señas de invierno y de verano, el día y horas de recepción, ¡y no sé si algo más! La tendencia, sin embargo, es á la sencillez absoluta. Hasta la heráldica va desapareciendo: se suprimen coronas, escudos, mantos, divisas, y se reduce gradualmente la tarjeta al sucinto nombre y á las señas; y aun las señas, casi vedadas para las señoras, van camino también de proscribirse para los hombres, cuando su posición es tal que se supone que nadie ignora su domicilio. Cada día más simplificada, más arreglada á un patrón uniforme, la tarjeta, sin embargo, conserva fisonomía.

\* \* \*

¡Y qué improba labor la del tarjeteo! Hoy la tarjeta ha venido á representar todas y cada una de las formas del trato social, los matices de la relación entre gentes que viven en un mismo medio. Que hay desgracia de familia: tarjeta. Que hay parte de boda: tarjeta. Que llega alguien de un viaje: tarjeta. Que se recibe un honor, una distinción: tarjeta. Que da á luz una señora: tarjeta. Que á un caballero se le confiere un cargo: tarjeta. Que enfermedad: tarjeta. Que restablecimiento: tarjeta. Que invitación: tarjeta. Esto, prescindiendo de las infinitas tarjetas que son meramente de saludo, de cortesía, de correspondencia á

otras tarjetas recibidas la semana anterior. Con fundamento ha podido decirse que las tres cuartas partes de la gente que uno se tropieza en la calle va á pedir á alguien que recomiende algo; pero también cabe asegurar que de veinte coches que encontréis andando por las calles, diez y nueve van á dejar tarjetas...

\* \* \*

Porque la labor del tarjeteo no vale encomendarla á un repartidor. Yo he oído mil veces lamentar esto: que la tarjeta, forma actual de la visita, tenga que ser dejada personalmente, cuando lo mismo significaría una tarjeta entregada por un servidor á otro servidor, al portero de la casa... Es, sin embargo, tan delicado esto del tarjeteo, que son contadísimos los servidores á cuya inteligencia se puede fiar ceremonia en apariencia tan vulgar y baladí.

La tarjeta lleva la representación social de la persona, y un error de tarjeta envuelve una serie de molestias y compromisos. Así es que, aun cuando va cayendo en desuso aquella antigua costumbre de «dar su tarjeta» al iniciarse un lance de honor, todavía la tarjeta es cosa delicada de entregar no sabiendo perfectamente á quién, y en la entrega de la tarjeta caben mil desafinaciones y mil afinadas cadencias de amabilidad.

Recuérdense las tarjetas respaldadas. Han llegado á desempeñar en la vida social un activo papel. Con el respaldado de la tarjeta se hacen cumplimientos; un ¡felicidades! al lápiz, en la tarjeta, un día de santo, avalora el pedazo de cartulina; una invitación de confianza puede hacerse por tarjeta respaldada; un pésame, una bienvenida, caben en el diminuto espacio blanco de la tarjeta...

Bien mirado, esta costumbre del tarjeteo, que tanto tiempo absorbe, ofrece sus ventajas, evitando el visiteo á domicilio, tan molesto para los que lo hacen como para los que lo reciben. En provincias, donde todavía no se ha aclimatado la tarjeta, donde no hay, en muchas casas, porteros á quienes entregarla, y donde cierto espíritu quisquilloso hace mirar como una ofensa el no ser recibido en las casas adonde se va de visita, es un verdadero viacrucis el visiteo. Sólo las escaleras que hay que subir, las campanillas de que hay que tirar, las domésticas con las cuales hay que parlamentar, las salas donde hay que tomar asiento y esperar... La noción de que una tarjeta implica exactamente la misma cortesía y consideración que la visita personal; la idea de que, cuando se recibe, deben la casa y los dueños estar preparados de antemano, todo prevenido, y que el recibir por sorpresa y á cualquier hora del día es una pejiugera para el mismo que recibe, trastornándole en sus ocupaciones y obligándole á pasarse la vida «sobre las armas»; estas sencillas verdades no consiguen aún en provincias llegar á ser axiomas. La gente «se pica» si «se cumple» con una tarjeta; la gente exige que se suban las consabidas escaleras y se tire de la acostumbrada campanilla...

\* \* \*

En mi primera juventud, todavía era peor. «Ir de visitas» suponía una *toilette* especial, el fondo del baúl, los trapos de cristianar, las joyas que cada cual poseía, y que era de rigor colgarse. Ahora, por lo menos, se puede visitar con lo mismo que se lleva á paseo por la tarde: lana si es lana, batista si es batista. Antaño, no visitar con traje de gro, mantilla de blonda, abrigo de terciopelo y enaguas crujientes, hubiese sido el colmo de la *shocking*. A las visitas debía ir en ringlera la familia: el papá con *chimenea* y levita reluciente, las niñas emperifolladas, la mamá sofocada, congestionada de la subida y de las apreturas del «abrigo» con «pasamanería» quizás pasado de moda... ¡Solemnes *visitas* de otros tiempos, cuánto teníais de candoroso y de infantil!

\* \* \*

Un buen señor, de tendencias prácticas, quería reformar esto del tarjeteo y del visiteo, con gran ventaja de la comodidad del público. Y proponía que, el primero de año, se enviase certificada una tarjeta á las personas cuyo trato se desea conservar: no en sentido de felicitación, sino en reemplazo de todo el tarjeteo del año todo. Acordes en que esta tarjeta de 1.º de enero quería decir: «Es usado mi amigo para los efectos de la ley social en el año presente,» podía ahorrarse el resto de la cartulina... ¿Se implantará algún día esta reforma? Lo dudo. Las cosas excesivamente sencillas son las menos usuales.

EMILIA PARDO BAZÁN.

## LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Por fin va dándose cuenta la gente de que no es muy interesante, ni poético, ni romántico, el *gesto* de apuñalar á la novia ó á la querida en un arrebato de celos brutales, y presentarse después al señor juez, con los pelos erizados y la cara fosca, exclamando: «No sé lo que hice... Allí queda esa... ¿La he herido, la he matado?... Ustedes verán...» El rasgo de *energía*—así se le llama ahora—ha perdido garbo en fuerza de repetirse, y ya es como una de esas piececillas del género chico, que reproducen por vigésima vez el asunto de *El puñao de rosas*, ó de *La verbena de la Paloma*, ó de *Las estrellas*. Pase hasta la docena, hasta la docena y media..., pero ¡vamos!, es preciso variar un poco, que en la variedad está el gusto.

\* \* \*

Y la variedad puede consistir en que empiecen á realizar el *gesto* las mujeres—á imitación de una señorita de Santander que, según leo en la prensa, disparó dos tiros á su burlador.—Ciertamente, aunque atrocidades sean ambos *gestos*, pudiera excusarse algo más el segundo. La novia ó amiga que se aparta del novio ó... *etcétera*, sólo le hiere en su amor propio, y supongamos, si él tiene sentimientos delicados, que en su corazón. A la mujer abandonada se la hiere también en su honra, en su fama, en su nombre. Hay una razón más de enojo en la mujer, y razón poderosa, *social*. Un juez equitativo admitiría siempre para la mujer una atenuante.

\* \* \*

El descuido de un guardabarrera acaba de costar la vida á dos infelices trabajadoras y graves heridas á otras cuatro ó seis. Se trata de un paso á nivel que cruzo tantas veces en el verano, cuando voy de las Torres de Meirás á Marinada, que el relato de la catástrofe me estremeció más profundamente. No creo que la vida valga el trabajo de temer perderla, pero hay muertes más horribles que otras, y ese informe montón de cuerpos palpitantes, hacinado bajo el vagón, repugna á los sentidos y causa un espanto sin